

verpool, y algunas personas aseguran haber visto a los hijos del General Mondragón convertidos en incendiarios.

El lunes, se aumentaron las esperanzas de un posible y cercano triunfo: las fuerzas del Gobierno habían logrado rechazar con grandes pérdidas a los rebeldes de sus posiciones del Campo Florido y parte de las calles Anchas. El edificio de la Asociación Cristiana de Jóvenes fué recuperado, capturándose a los felixistas varias ametralladoras y gran cantidad de parque.

La tarde del mismo lunes se movilizaron las fuerzas del General Blanquet para renovar la guarnición en el Palacio Nacional. El aguerrido 29o. Batallón, según palabras textuales del General Blanquet al señor Presidente, "sería, en caso desgraciado, el último baluarte de la legalidad."

El martes por la mañana circularon con gran profusión por toda la ciudad hojas sueltas exigiendo la renuncia del señor Presidente. De la Barra, Calero y Flores Magón reunieron a los Senadores porfiristas, que formaban la mayoría de la alta Cámara, y después de una junta preparatoria en la casa de don Sebastián Camacho, acordaron pedir sus renuncias a los señores Presidente y Vicepresidente de la República, yendo, al efecto, una comisión formada por todos los más connotados porfiristas, encabezada por el Lic. Guillermo Obregón, José Castellot, Sebastián Camacho, etc. Como a las once de la mañana el señor Presidente los recibió en uno de los salones del Palacio Nacional, y el Lic. Obregón tomó la palabra en nombre de los senadores allí presentes, pronunciando un largo y cansado discurso, sin atreverse a expresar clara y francamente su misión. El primer Magistrado, suplicó al señor Obregón que sin preámbulos ni rodeos dijese el objeto que los llevaba a su presencia. Con voz sumamente apagada, terminó el señor Obregón manifestando que el Senado juzgaba necesario, para bien de la República, que los señores Madero y Pino Suárez presentasen las renunciaciones de sus respectivos

cargos de Presidente y Vicepresidente de la República. El señor Presidente contestó en enérgicos y patrióticos términos, condenando de un modo severo su actitud, no extrañándose de que ellos, perfectamente ligados con el antiguo régimen, fuesen a pedirle su renuncia, diciendo, además, que por ningún motivo y menos en tan difíciles circunstancias, renunciaría el delicado cargo que para velar por los sagrados intereses de la Patria, le había conferido la inmensa mayoría del pueblo mexicano y que estaba dispuesto a morir por él, si era necesario, antes que abandonarlo.

Ante la firme y terminante decisión del Sr. Madero, los Senadores confundidos y avergonzados abandonaron la estancia, dando torpes excusas al Presidente y manifestándose, al parecer, arrepentidos de haber dado aquel paso que juzgaron de ligero y motivado por su ignorancia del verdadero estado de la situación. El Gral. Huerta abrazó y felicitó efusivamente al Presidente.

A las dos de la tarde, cuando el Primer Magistrado se disponía a pasar al comedor, penetró al Salón de Consejos, sumamente agitado, el Teniente Coronel Jiménez Riverol, seguido de veinte soldados del 29o. Batallón, y acercándose al Presidente que se hallaba en el departamento contiguo, le dijo que iba de orden del Gral. Blanquet para comunicarle que el Gral. Rivera, de Oaxaca, llegaba en esos momentos a la capital, sublevado contra el Gobierno y se dirgía a Palacio; que era necesario que él, el señor Presidente, bajase a arengar a la tropa para levantar su espíritu, y saliese inmediatamente de Palacio porque su vida corría peligro. Al mismo tiempo Riveroll tomaba por el brazo izquierdo al señor Madero y suavemente lo atraía hacia la puerta del Salón. El Presidente que conocía y confiaba en la lealtad de Rivera, comprendió que no era exacta la noticia, y bruscamente, con un gesto de dignidad, se deshizo de Riveroll, diciéndole que llamara a Blanquet para que le informase personalmente; que así debía hacerlo. La nerviosidad y agitación de Riveroll aumentó de pronto vién-

dose completamente solo ante el señor Presidente, los Ministros y las personas que lo acompañaban, pues de manera casual, al entrar el primero al saloncito donde se encontraban, se cerró la pesada puerta separándolo de sus soldados. Las personas reunidas en el Salón de Consejos se sorprendieron de la intempestiva entrada de aquellos soldados con sus carabinas al brazo, y uno de los capitanes ayudantes, Federico Montes, los detuvo dando órdenes con voz firme y fuerte de que retrocediesen inmediatamente. En los momentos que obedecían, Jiménez Riveroll penetró violentamente seguido del señor Madero, del señor Pino Suárez y de algunos Ministros, y con voz estentórea gritó, "¡A donde va esa fuerza! ¡Media vuelta!"; los soldados obedecieron maquinalmente; alguno de los allí presentes gritó, "traición;" Riveroll se puso densamente pálido, aumentó su agitación nerviosa y considerándose perdidos, ordenó: "Soldados, apunten, fue...!", no terminó la frase, el certero balazo de un Ayudante del Primer Magistrado, el Capitán Gustavo Garmendía, lo dejó instantáneamente sin vida; por la otra puerta apareció el Mayor Izquierdo que tomó el mando de la tropa; pero un nuevo disparo lo hizo rodar inanimado por el suelo. Los soldados hicieron entonces una descarga cerrada sobre el Sr. Presidente, pero su primo, el Ing. Marcos F. Hernández, se interpuso veloz entre el agredido y los traidores, recibiendo dos balazos, uno de los cuales destrozó un peso que llevaba en el chaleco incrustándole fragmentos que desgarraron los intestinos del valiente, que murió pocas horas después, con la satisfacción de haber salvado la vida al señor Presidente. ¡Heroico e inútil sacrificio de su vida! Los soldados hicieron otra descarga; los ayudantes y los amigos del Primer Magistrado contestaron con valor, logrando arrojar a los soldados del Salón de Consejos. El Sr. Madero, que conservaba una admirable serenidad de ánimo, salió a los balcones que dan a la calle de la Acequia, en cuyo lugar se encontraban tendidas fuerzas rurales, que al oír el fuerte tiroteo en los salones de Palacio se

prepararon, listos para cualquier evento, pero ignorantes de lo que sucedía. Al ver al señor Presidente un solo grito salió del pecho de aquellos soldados: "¡Viva el Presidente de la República. Viva Madero!" Algunos se golpeaban el pecho significando con expresivos ademanes que sabrían morir defendiéndolo. El Primer Magistrado atravesó corriendo los dos salones que lo separaban de los que tienen vista a la Plaza de la Constitución, y al ver que los soldados que estaban acampados frente a Palacio lo vitoriaban con igual entusiasmo, creyó conjurado el peligro y rápidamente tomó el ascensor bajando para ir a la Comandancia Militar, situada a la derecha de la puerta central, y ver a Huerta y Blanquet; los soldados y oficiales de guardia, al pie del ascensor le presentaron sus armas, lo cual le afirmó más en la idea de que sólo Riveroll e Izquierdo eran los traidores. Dirigióse hacia la Comandancia Militar, y en esos mismos momentos salía Blanquet, en traje de rigurosa gala, rodeado de varios paisanos y cerca de doscientos soldados que, con sus armas preparadas, gritaban vivas a la República, a Blanquet y a Huerta. A cuatro pasos de distancia del señor Presidente, Blanquet sacó su pistola y apuntándole, con voz ronca dijo: "¡Ríndase, ríndase, ríndase!" El Presidente intentó hablar, pero sus voces se ahogaron entre la grito de los soldados y sólo se pudieron oír sus frases de indignación contra el traidor y las palabras, "asesínenme luego."

Una vez aprehendido el señor Presidente, fué llevado a la Puerta de Honor, poniéndole desde luego una fuerte guardia; aprehendieron a los señores Vice-presidente, Ministro de Justicia, Lic. Vázquez Tagle; de Gobernación, Lic. Rafael L. Hernández; de Hacienda, D. Ernesto Madero y de la Guerra, Gral. García Peña, y se dictaron desde luego órdenes de aprehensión para los Ayudantes, Empleados de la Secretaría Particular, Senadores, Diputados, periodistas, en fin, todos los amigos de reconocida filiación maderista.

Entre tanto ocurrían los acontecimientos que he-

mos narrado, en Gambrinus céntrico restaurant de la Avenida de San Francisco, el Gral. Huerta había invitado a comer a D. Gustavo A. Madero, al Gral. José Delgado y a otras personas. Rurales del primer cuerpo y guardas del bosque de Chapultepec, daban escolta al Jefe de las Operaciones en la Ciudad de México, y durante la comida Huerta extremó aún más sus amabilidades para con D. Gustavo, bromeando con él frecuentemente. A los postres, alguien deseaba hablar con Huerta por teléfono: de Palacio le comunicaban la noticia de que todo había terminado a satisfacción de sus desecs. Volvió tranquilo a la mesa y con cualquier motivo pidió a don Gustavo su pistola; cuando la tenía en su poder le dijo, "Es usted mi prisionero," hubo confusión; se desarmó al Gral. Delgado declarándolo también prisionero y se ordenó a los guardias del bosque que los vigilaran. Don Gustavo, indignado profundamente, se encaró a Huerta; pero ya por todas partes los fusiles apuntaban a su pecho y se vió reducido a una impotencia absoluta.

Todas las fuerzas federales habían suspendido su fuego, excepto las comandadas por el General Angeles, la Ciudadela sólo contestaba los disparos de este último; un oficial fué a informarlo de los acontecimientos y le llevaba la orden de que suspendiera el fuego sobre la Ciudadela. El pundonoroso militar no la cumplió, prolongando el ataque durante dos horas, hasta que fué reducido a prisión.

A las cuatro de la tarde, para festejar el triunfo los traidores, echaron a vuelo las campanas de la Catedral y la banda del 29o. Batallón recorrió los alrededores de la Plaza de Armas tocando dianas. Una gran multitud se reunió frente a Palacio y en las afueras del restaurant donde estaba prisionero D. Gustavo A. Madero, vitoreando a Félix Díaz, a Huerta, a Blanquet, al Ejército, lanzando mueras contra la "porra," contra algunos miembros de la administración que acababa de caer, y esa inconsciente multitud que en tono de airada protesta contra el cuartelazo incendiara "El País" y "La Tri-

buna" la mañana del día 9, fué a incendiar "Nueva Era," destruyéndolo todo.

Esa misma tarde, Huerta estuvo conferenciando largamente con el Embajador Wilson, a quien había visitado con frecuencia los días anteriores, comunicándole el paso que pensaba dar, se citaron para esa noche a las diez en la casa del Embajador, debiendo concurrir igualmente Félix Díaz: el corruptor del Ejército y el infame traidor, en digno consorcio, firmarían su tratado de ignominia, y así lo hicieron, siguiendo en todo las indicaciones de Wilson. Así fué como la misma noche del 18 de Febrero, quedó firmado el famoso pacto que se llama "de la Ciudadela" y que más bien debiera llamarse "de la Embajada." Se abrazaron Díaz y Huerta en presencia del Embajador, de algunos Senadores y militares que concurren al acto, siendo frenéticamente vitoreados y sirviéndose después champaña para brindar por "los salvadores de la Patria," por el "glorioso ejército," por la República. . . . .

A las traiciones sucederían los crímenes: la sangre de millares de inocentes víctimas que mantuvieron la sangrienta farsa durante los diez días de combate, no saciaba todavía su ferocidad, y prepararon con todo refinamiento los más grandes crímenes que la Historia moderna registra. La primera víctima la encontraron en Don Gustavo A. Madero, a quien tanto calumniaran y befaran en vida, atribuyéndole hechos indignos de su honradez y patriotismo, y cuyos únicos delitos consistían en haber dedicado todas sus actividades y recursos a la causa de la libertad, y en ser un radical que aconsejaba a su hermano menos clemencia para los conculcadores del orden, para los enemigos del pueblo.

A las doce y media de la noche, perfectamente custodiado, se le trasladó en automóvil del restaurant Gambrinus a la Ciudadela, donde fué villanamente asesinado, por órdenes directas del General Mondragón. Un alumno de la Escuela Militar de Aspirantes, refirió, horrorizado por la sangrienta escena de que fuera testigo

ocular, que al descender del automóvil Don Gustavo, fué internado a la fortaleza entre doble fila de soldados y paisanos que lo injuriaban y befaban; un paisano, cuyo nombre se ignora, asestó de pronto con el marrazo del arma que portaba, un golpe terrible en la cara del indefenso, hundiéndole la acerada hoja en el único ojo hábil que como se sabe tenía, privándolo completamente de la vista. Ciego, enloquecido por el dolor, corrió desatentadamente apoyándose en un poste, recibiendo, primero, un tiro en la espalda, después una descarga cerrada que lo dejó sin vida, y por último su cadáver fué horriblemente mutilado, enterrándolo a flor de tierra en uno de los patios de la Ciudadela. Diez días después que se permitió a sus deudos recoger su cuerpo, sólo pudo identificársele por las marcas de su ropa interior.

Esa misma noche, media hora antes que don Gustavo, fué sacrificado el Intendente del Palacio Nacional, don Adolfo Bassó, al pie de la estatua a Morelos. Murió como un valiente, con la vista fija en la estrella polar y ordenando él mismo, con voz fuerte y clara, su propia ejecución.

El Jefe Político de Tacubaya, don Manuel M. Oviedo, condenado por el gravísimo delito de haber cateado pocos días antes, obedeciendo órdenes del Gobierno del Distrito, la casa del Gral. Manuel Mondragón, fué también asesinado en la Ciudadela, y en diversas comisarías de la ciudad se fusiló a muchos ignorados amigos del régimen que acababa de caer, y a algunos jefes de rurales adictos al señor Madero.

La tarde misma del 18, se puso en libertad bajo su palabra de que no intentarían salir de la ciudad, a los Ministros de Relaciones, Justicia, Gobernación, Hacienda y Guerra, Lic. Pedro Lascrain, Lic. Manuel Vázquez Tagle, Lic. Rafael L. Hernández, don Ernesto Madero y Gral. Angel García Peña. Los señores Presidente y Vice-presidente continuaron prisioneros en la Intendencia del Palacio Nacional, a donde fué conducido también el Gral. Felipe Angeles, acusado por el delito

de "insubordinación en campaña." Les prohibieron toda comunicación, y por más esfuerzos de sus familiares, no lograron verlos.

El Ministro del Japón, Señor Kuma Hurigoutchi, brindó hospitalidad a la esposa del Presidente preso y a algunos de la familia Madero en la Legación de su país, y unido con el Ministro de Chile, don Anselmo de Hevia Riquelme y el Ministro de Cuba, don Manuel Márquez Sterling, hicieron cuantos esfuerzos estaban a su alcance para salvar la vida de los señores Madero y Pino Suárez. Visitaron con frecuencia a Huerta, y éste les prometió bajo su palabra de honor, que la vida de los prisioneros no corría peligro y que serían puestos en absoluta libertad, con la única obligación de que marcharan a Europa tan pronto presentaran sus renunciaciones de Presidente y Vice-presidente de la República. El Presidente Taft pidió garantías para los prisioneros; lo mismo hicieron sociedades mutualistas, el sentimiento todo del pueblo se declaró francamente en su favor.

Se les fué a pedir las renunciaciones de sus cargos, pero las negaron terminantemente; los amenazaron, todo fué inútil.

La noche del 19 Huerta prometió a los Ministros Extranjeros que se desterraría esa misma noche del país a los señores Madero y Pino Suárez; se preparó el tren especial que debía conducirlos a Veracruz, donde se embarcaría en el cañonero cubano "Cuba" rumbo a la Habana, siguiendo después a Europa; esperaron en la estación hasta muy avanzadas horas de la noche los Ministros de Chile y de Cuba que acompañarían a los señores Madero y Pino Suárez hasta Veracruz, así como sus familiares.

Esa misma noche, reunida la Cámara de Diputados en sesión extraordinaria, recibía de manos de Huerta las "renunciaciones" que de sus respectivos cargos de Presidente y Vice-presidente de la República hacían don Francisco I. Madero y el Lic. José María Pino Suárez. Con tal motivo y por términos de ley era Presidente el